

nónicos, sino en “bloquecillos textuales” que van creando huecos gráficos y de sentido. No otra cosa es la memoria, la vida: residuos, despojos, pérdidas, vacíos, huecos, fragmentos de dolor.

**José Enrique Martínez**

**Le Men Loyer, Jeanick, *Gramática del español correcto (I)*, León (Univ. de León) 2003, 278 pp.**

Es un hecho constatado que durante los últimos años la enseñanza del español para extranjeros ha experimentado un auge espectacular en nuestras Universidades, hasta el punto de haber merecido una especial atención por parte de las autoridades académicas y de los departamentos más directamente relacionados con el tema. Ello ha dado lugar a la aparición de una abundante y rica bibliografía sobre la didáctica de la lengua, tanto desde el punto de vista de la pedagogía propiamente dicha (métodos, sistemas, recursos, etc.), como del contenido de los programas y sus enfoques doctrinales (normativa gramatical, escuelas lingüísticas, planteamientos investigadores, etc.). Es en este segundo campo en el que se inserta el libro que aquí comentamos, cuyos destinatarios, empero, no son sólo los alumnos extranjeros, sino también, y quizá de modo especial (por lo que a continuación diremos) los propios alumnos de habla hispana que acuden hoy día a nuestras aulas universitarias.

En el primer peldaño de su prólogo la autora se apresura a afirmar que esta obra, destinada a alumnos universitarios, pretende “contribuir a la mejora de la calidad de expresión de nuestros estudiantes”, porque “aprender la gramática práctica de una lengua no es un capricho ni un lujo: es una necesidad”. No deja de ser triste y descorazonador constatar que tenga que pensarse en los estudiantes universitarios como los destinatarios de páginas semejantes. Por más que se nos tilde de derrotistas, y con el aval que nos proporcionan lo más de treinta y cinco años de experiencia docente en aulas universitarias, debemos airear nuestro convencimiento de la degradación generalizada (salvo honrosas excepciones) sufrida por el otrora ágil y vivo conocimiento de la gramática funcional del español que mostraban nuestros alumnos. En aquel viejo, pero enriquecedor bachillerato que tuvimos la suerte de cursar la gente de mi generación, ese tipo de aprendizaje gramatical se iniciaba en el umbral mismo de la denominada Enseñanza Media. Una de las pruebas obligatorias que el niño de apenas 9 ó 10 años de edad tenía que superar para su ingreso en el bachillerato consistía en un dictado en el que no se admitían tres faltas de ortografía. ¿Quién de nosotros no recuerda el libro de dictados de Miranda Podadera? Podrá denostarse aquel tipo de enseñanza, pero dígasenos a qué se debe que a diario tengamos que lamentar la desastrosa ortografía que revelan tantos de nuestros estudiantes universitarios. ¿Puede alguien negar que actualmente, en otro umbral (aunque en este caso

el de acceso a la Universidad), en esas pruebas de Selectividad que viven hoy sus últimos suspiros, la cantidad de errores gramaticales de todo tipo (ortografía sobre todo, y no menos la falta de dominio del léxico) son tan abundantes que a veces cabe preguntarse de qué les han servido a esos alumnos las clases de lengua española a que han asistido durante sus años de Enseñanza Media? Hoy mismo, 4 de febrero de 2004, entre los diferentes exámenes que acabo de corregir entresaco uno de un alumno de 3º de Facultad en el que contabilizo ¡veintiuna faltas de ortografía a cual más grave!

Bienvenido sea, y en buena hora, el libro de la profesora Le Men, y loada sea su sana intención de poner al alcance del alumno interesado una obra de consulta práctica en que hallar la clave de aquello que, en muchos casos, debería haber aprendido muchos años atrás. En su prólogo la autora especifica el planteamiento y finalidad que se propone: “Se tratarán aquí algunos de los aspectos más conflictivos que se presentan en la práctica oral o escrita del español; se informará de la normativa académica en relación con las distintas incorrecciones o desviaciones que se cometen en distintos planos de la lengua”.

La obra aparece estructurada en dos partes. La primera, bastante amplia, analiza el plano del significante, abordando los aspectos normativos de la acentuación, la puntuación y la ortografía general. La segunda se dedica al plano del significado, el léxico. Esta parte tiene como objetivo primordial el de contribuir al enriquecimiento del vocabulario de los estudiantes. Es cierto que la lectura de obras de buena literatura proporciona al lector un rico caudal léxico, motivo por el que la profesora Le Men, en cada uno de los apartados que aborda, aduce una larga gama de ejemplos extraídos siempre de excelentes obras literarias escritas en español. Pero al mismo tiempo, no es menos cierto que, además de la lectura, también contribuye al enriquecimiento del léxico el acertado manejo de un buen diccionario, y mejor si son varios, porque, como bien dice la autora, “hay que saber que no existe un diccionario que sirva para todo, para todos y para siempre, que todo repertorio está concebido para uno o varios usos determinados y que, únicamente, el respeto a este ‘modo de empleo’ le garantiza una utilización satisfactoria”. De ahí que, tras la pertinente bibliografía, la obra se complementa con un apéndice en que se analizan los diccionarios más importantes y asequibles al alumno.

Es indudable que la profesora Le Men, cuya lengua madre es el francés, no ha olvidado el ejemplo de aquellos manuales de Maurice Grevisse, como el *Précis de Grammaire française*, tantísimas veces reeditado en Francia y que tan excelentes resultados aportó a la educación gramatical del país vecino, y desea que similares frutos se cosechen en el nuestro. Ojalá que esta *Gramática del español correcto* publicada ahora por Jeanick Le Men (estudiosa convertida hoy en un referente de los estudios léxicos de ámbito leonés, como demuestra su magno *Léxico*

leonés actual) venga a ser una obra de obligada lectura y necesaria consulta para nuestros estudiantes todos, extranjeros y españoles.

**Manuel-Antonio Marcos Casquero**

**José Diego Santos, *Léxico y sociedad en Los Bravos de Jesús Fernández Santos*, Alicante (Universidad) 2001, 165 pp.**

En los últimos tiempos venimos presenciando una corriente reivindicativa de la narrativa española que emerge en los años cincuenta. Una época, el realismo social, a caballo entre los primeros años de la posguerra y el experimentalismo, cuyo conocimiento es imprescindible para entender la novelística actual.

En esta línea se sitúa el libro de José Diego Santos que centra su atención en una obra clave para este período: *Los bravos*, de Jesús Fernández Santos. Nos hallamos ante un escritor que, pese a permanecer oculto en el marasmo autorial del medio siglo, tiene una completa obra narrativa; representativa, además, de las últimas corrientes literarias. Sin embargo, la novela que aquí nos ocupa y por la que figura en los manuales literarios es *Los bravos* (1954), obra considerada por la mayoría de los críticos como iniciadora del realismo social. Se trata de un alegato contra las duras condiciones que soporta una comunidad rural de la montaña leonesa y que convierten a sus miembros en seres abúlicos y desencantados.

Estos planteamientos iniciales se completan con unas condensadas páginas en las que, a modo de contextualización, Diego Santos nos presenta todos los elementos que, en mayor o menor medida, contribuyeron en la formación vital y literaria de Fernández Santos. De todo ellos sobresale su etapa en la Universidad, infértil en lo académico, pero determinante para su escritura, pues se rodeó de amigos de la talla de Martín Gaité, Aldecoa o Medardo Fraile; su interés por el cine que se convertirá en su medio de vida y del que sus novelas son deudoras; una singular concepción de la novela que aúna la preocupación por el ser humano y el cuidado estilístico, constante que se repetirá en todas sus producciones, etc. Esta sucinta introducción finaliza con una mención a sus influencias más destacadas (Faulkner, los neorrealistas italianos, Cela o Baroja) y con un breve recorrido por su prolífica obra literaria.

Teniendo en cuenta estas consideraciones previas, el autor encara la novela *Los bravos* mediante un estudio pormenorizado realizado desde dos ópticas: sociológica y lingüística. En cuanto a la primera vertiente, Diego Santos repasa algunas de las peculiaridades que conforman la vida rural de la posguerra: el recuerdo de la guerra civil, la acentuada presencia de la religión, la emigración, el estraperlo o la prostitución. Para ello, estructura los diferentes apartados de forma sistemática: primero expone el problema apoyándose en testimonios de